

nace muy naturalmente el despotismo y se desarrolla muy naturalmente, como en su terreno.

Y ved en donde lo tenéis. Como no existe en Francia más que la enseñanza del Estado y la enseñanza eclesiástica, cuando se plantea la cuestión de la libertad de enseñanza, tiene el aire de plantearse entre ellas, y en la práctica se plantea entre ellas. Entonces, si por instinto, estáis del lado de la libertad, se os dice: «¿Sois, pues, Jesuita?» y vosotros os decís: «Es sin embargo verdad que soy Jesuita. Y, no lo dudo». Y se os habrá hecho vacilar en vuestras convicciones liberales por la consideración de aquellos a quienes ellas aprovechan. Y sentís que no defendéis «los Jesuitas» más que por respeto y amor al principio, pero estáis enfadados de que defender el principio no va ni puede ir por el momento más que a sostener a los Jesuitas. Y estáis en un estado de espíritu muy doloroso y miserable. ¿Por qué? Porque no habéis sabido amar la libertad hasta practicarla y no habéis fundado una enseñanza libre, hecha a vuestra imagen y penetrada de vuestro espíritu. *Permaneced liberales aun cuando el liberalismo no aproveche más que a las gentes que no amáis: primero, porque el liberalismo consiste precisamente en respetar el derecho en los adversarios; en seguida, porque estas gentes que no amáis representan por el momento el principio que amáis; en fin, porque si dejáis prescribir el principio, prescribirá el derecho «imprescriptible» y no renacerá jamás y no prodréis jamás invocarlo ni practicarlo en vuestro provecho o a vuestro gusto.*

EMILIO FAGUET

de la Academia Francesa.

## Un refrán

A don E. J. R.

*De médico, poeta y loco, cada cual tiene su poco.*

Este poco es la medida universal, el límite, la zona de tolerancia consentida a las tendencias o disposiciones naturales del espíritu.

Al loco le está vedado salir de ella; si sale, lo encierran en un manicomio.

Al médico se le imponen duras condiciones para permitirle salvar el límite: siete u ocho años de arduos estudios, aprendiendo en los libros lo que la experiencia de los sabios consignó en ellos, y en los cadáveres, los misterios del organismo humano, la admirable concatenación de todas sus partes, sus desgastes y lesiones, para poder, después, con alguna probabilidad de acierto, averiguar las enfermedades de los vivos y curarlas o aliviarlas.

Al poeta que salta la barrera sin más preparación que sus naturales disposiciones, la crítica lo entrega a la burla y a la risa de los que leen sus cantos. La medicina es el arte de curar; la poesía, el de cantar el sentimiento expresado con palabras. Apolo era el dios de la poesía y de la medicina; dotaba de sentimiento a los cultivadores de la primera, y de ojo médico a los que a la segunda se dedicaban. Pero ni en los tiempos de Apolo bastó, ni en los nuestros hasta, el sentimiento para ser poeta, ni el ojo médico para ser médico.

¿Por qué?

Porque «el poeta es un hombre que canta lo que siente» y «en ese canto hay dos cosas: la voz y el sentimiento; las dos cosas juntas son la poesía. La voz sin el sentimiento expresado, es sólo música; el sentimiento sin la voz, es sólo pasión». Así dice un gran poeta.

De los elementos del canto, sólo el sentimiento es natural; la voz y la expresión—hablada o escrita—son fruto